

paquidermo. Sus brassieres se extendían como columpios y sus calzones podían cobijar cualquier noche. Mujer amplia. Ahora, el tiempo ha enflaquecido su extensión, sus pasos se han vuelto cautelosos y el apetito de diosa se convirtió en el de una pollita. No le gusta la carne ni la papa. En los confines de aquel cuerpo hay un hambre que ya no busca comida (a

**Los confines  
del sistema intestinal/  
concepto universal**

Elsa: huérfana, desca-  
rada y hambrienta. Se  
despierta en medio de  
cuerpos de inquilino y  
se va para el colegio. Es  
tan pobre que, para po-  
der comprar los uni-  
formes del colegio, les  
hace los mapas a las  
compañeritas. “Sin uni-  
forme no entra al  
colegio”, le habrá dicho

menos de que sean  
dulces. En dado caso, la  
descripción de arriba  
queda deslegitimada).

Se mira las manos y  
empieza a comerse las  
uñas, trato de regañarla  
pero su pensamiento se  
ha extendido entre las  
dos. Su cuerpo y la casa  
son ahora uno.  
La casa de mi abuela es  
hermosa, cada átomo,  
planta o decoración son  
las partes de un todo,  
de una constelación y  
una existencia que tam-  
balea entre el pasado y  
tartamudea en el pre-  
sente.

No recuerdo cómo fue,  
si alguien se dio cuenta  
o si ella dijo algo. Tal  
vez se sintió extraña  
una mañana, después  
de tomarse el tinto y  
cerrar los ojos para

**El cuerpo de  
un elefante**

**Gabriela Escobar A.  
1995**

perder, como si el  
Alzheimer consistiera en  
hacer pactos con algún  
burócrata al que se  
debe conquistar. Y con  
sus pérdidas también  
me di cuenta de que la  
memoria nunca es ex-  
clusivamente aquello que  
recordamos, sino la for-  
ma en la que nos  
sentimos dentro de los  
espacios que habitamos,  
incluido nuestro propio  
cuerpo.

**Los días han tomado  
la forma de los libros  
en los semáforos,  
*pasatiempos***

Ella se acomoda rumian-  
do su nuevo horizonte,  
y se agacha sobre el  
libro de sopas de letras,  
murmurando el nom-  
bre de la palabra que se  
le escapa. A veces com-  
petimos, la que encuen-  
tre *ferrocarril, vacuna* o

siguiente, de si llevaba melocotones el poste, o si llevaba cinco o seis cucharadas de leche condensada. No recuerdo como fue, pero el tiempo que pasó y que cambió a mi abuela se siente hoy como haber entrado en un agujero negro para luego salir de él con una sombra en la panza. A veces pienso que mi abuela escogió que memoria iba a

dormir hasta las nueve. En el instante incierto que separa la vigilia del sueño, pienso que pudo sentir un leve temblor, algo profundo, dentro de su piel paquidérmica y desértica, que revolvió el mundo y lo volvió a dejar todo en el mismo lugar. O, a lo mejor, fue algo menos trascendental, en un día cualquiera, preparando el almuerzo, se olvidó de la receta, del paso

*abeja* primero. Nunca pierdo. El mundo es la maraña de letras que mi abuela convierte en palabras. Pasa el tiempo, pero también lo detiene y lo hace suyo. No me pregunto cómo será más adelante, el tiempo ya no es una línea y la memoria se parece cada vez más a su mano consintiendo mi barriga.

El cuerpo de un elefante es la casa de mi infancia y la de mis hermanas, casa del alimento y los remiendos.



y cambió los cuadros de lugar. El orden de la miel ha sido quebrado, se agrietan las arrugas del mamífero y, aunque yo acomodo los cuadros de nuevo y le muestro que todo está en su lugar, haber visto las paredes desnudas, blancas y frías, ha resquebrajado los pliegues de la memoria. Nos sentamos a tomar café y creo que mi abuela piensa sobre si misma.

### Periferia del átomo

La casa de mi abuela es hermosa, y no lo digo solo porque es mi abuela y es su casa. Como ella, su palacio está detenido en el tiempo, en la repetición empalagosa de la nostalgia y la miel. El cuerpo del elefante recorre su territorio y se detiene. La nieta del medio fue hoy de visita

una bruja desdichada. Por la tarde se va para la tienda de la tía, cuyo nombre no recuerdo, donde venden alimentos, tortas, quesos y gaseosas. Se sienta detrás del mostrador y por unas horas es universal, dueña de sí y del tiempo. Cada tanto llegan los clientes, "niña, ¿hay queso?", "habrán preguntado, "nohay" o "estávejo" responde la voz detrás del

mostrador repleto de queso. La clienta grita algo, un regaño con olor a pedo de anciano, y sale pisoteando a la calle. Elsa, hambrienta y descarada, se acomoda en su silla, le da un sorbo a su gaseosa y sigue leyendo el Billiken. Por la noche la reciben las bofetadas y los insultos de la tía. En sus pantalones cambiamos las tres nietas, amplias faldas del